

Un modelo justo y sostenible para salir de la crisis

Pedro González

Relaciones internacionales FECCOO

HAN PASADO sólo unos meses desde que se maldecía a los causantes de la crisis y se abominaba de la inutilidad de determinados organismos internacionales de marcado carácter económico (alguno regentado por el consensuado nuevo líder de Cajamadrid que, seamos claros, no fue un ejemplo de mente previsor). En aquellas reuniones de presidentes de los países del G-XXL ampliado se concluía que eran necesarias reglas de control, de democracia, de sensatez ética, para que todos esos organismos perversos dejaran de jugar sucio con la economía del mundo. Sueldos estratosféricos, tráfico de influencias, conspiración para alterar el precio de las cosas, paraísos fiscales (para ellos: para nosotros sería mejor denominarlos agujeros negros fiscales).

Estaba claro que el modelo de crecimiento había llegado al final de un ciclo, que era necesario replantearse el modo de hacer las cosas, que había que seguir creciendo, pero de una manera más razonable, sostenible, respetuosa con el difícil equilibrio entre los intereses del mercado y los intereses de la gente.

De aquello viene una lección que debería citarse más al hablar de concertación social en España. Creo que en España no hay empresarios o, mejor dicho, en España hay muy pocos empresarios. Una persona desempleada a la que se obliga a autoemplearse no es empresariado. El yuppie contratado por una multinacional para hacer algo que ha de pronunciarse en inglés no es empresariado. Es más: dirigir una franquicia para fabricar automóviles bajo una patente (miles de patentes) extranjeras no es ser empresariado. En España los puestos de trabajo los da el Estado. Si no, recuerden las reconversiones industriales (que todavía siguen), las subvenciones al campo (y las peticiones de declaración de zona catastrófica habiendo seguros), los cupos y rebajas fiscales, etc.

La primera obligación del empresariado es generar riqueza en su entorno, y no aprovecharse del entorno para hacerse rico: cualquiera es empresario si el bosque no es suyo, lo tala y lo convierte en pasta de papel, o el acuífero, o el boom inmobiliario, para forrarse.

El empresario no utiliza sus primeros beneficios para comprarse un todoterreno (o varios) y un chalet. Los banqueros que se lo han financiado son unos inútiles que no deberían haber pasado de auxiliares y los gobernantes que les reían la gracia a base de perdonarles impuestos (reparto de riqueza y ahorro para el futuro) y decir que España iba bien deberían cortarse el pelo y recibir clases y conferencias en lugar de darlas (¡pobres estudiantes!).

Lo único que ha quedado manifiestamente en evidencia es que, ya sea en Noruega o en Cuba, el sufrimiento por causa de la crisis es menor y la recuperación es más rápida gracias a la educación. Las sociedades con sistemas educativos imbricados en el centro de la vida comunitaria reaccionan con más rapidez y flexibilidad que el resto. La Internacional de la Educación se ha lanzado en cuerpo y alma a desarrollar campañas globales que pongan la educación en el centro del debate, para constatar que mediante la educación, y sólo mediante la educación, seremos capaces de salir de esta crisis con un modelo distinto y sostenible, más justo. Lo peor de todo es que el FMI, el Banco Mundial y otras instituciones del mismo pelaje están contribuyendo justo a lo contrario en su modo de financiar y distribuir los dineros de todos. Y ya se nos ha olvidado quién generó este desastre. Como decía un grupo de manifestantes gaditanos en Copenhague hace unos días: “F-M-I: un mojón pa ti”.